

# El ser humano al límite: una mirada reflexiva al habitante de calle<sup>1</sup>

## Humans to limit: a thoughtful look at street dwellers

Enviado: 4 de mayo de 2015 / Aceptado: 25 de mayo de 2015

Alberto André Restrepo Alzate\*

**Forma de citar este artículo en APA:**

Restrepo Alzate, A. A. (2016). El ser humano al límite: una mirada reflexiva al habitante de calle. *Drugs and Addictive Behavior*, 1(1), 89-100.

*No sé cómo llegué aquí... De mi vida anterior,  
no tengo ningún recuerdo (...) una mañana desperté aquí,  
en esta calle, y desde entonces no me he vuelto a ir.*

Jean François Dumont

### Resumen

El ser humano, permeado por las dinámicas sociales cambiantes de la modernidad, se ve obligado a asumir unos espacios, territorios y formas de vida particulares; razón por la cual este artículo plantea una reflexión acerca del habitante de calle en el contexto urbano, cómo es abocado por éste, cómo es su rostro según los planteamientos de Salcedo (2006) y cuáles condiciones lo ponen en el límite de su existencia. Así mismo, se presenta la exclusión como un factor potenciador de la problemática que divide el mundo en dos: los aceptados e inaceptados, los de adentro y afuera, los incluidos y excluidos; condición que los ubica, según Moreno (2003), en estado de “exclusión” debido a que sus estilos de vida son reprobados por la “sociedad”. Para finalizar, se propone un acercamiento a la teoría de las representaciones sociales desde los planteamientos de Moscovici y Araya Umaña (2002), como herramienta que puede generar una comprensión humana de los habitantes de calle y desde este conocimiento, realizar una reflexión que permita al ciudadano del común sensibilizarse respecto a la representación que tiene de esta población y, de esta forma, identificar que ese sujeto diferente continúa presentándose como un ser humano al límite.

### Palabras clave

Exclusión social, Habitantes de calle, Representaciones sociales.

\* Magíster en Educación y Desarrollo Humano. Trabajador Social de la Universidad Pontificia Bolivariana. Correo electrónico: andreemusical@gmail.com

<sup>1</sup> Este artículo es producto de la investigación *Escritura emocional: una estrategia para la resocialización del habitante de calle adulto de Medellín*, estudio realizado por Sandra Milena Restrepo Escobar, Tatiana Jaramillo Toro y Alberto André Restrepo Alzate, con el fin de optar al título de magíster en Educación y Desarrollo Humano de la Universidad de Manizales en convenio con CINDE.

## Abstract

Human beings, permeated by the changing social dynamics of modernity, are forced to assume certain spaces, territories and particular ways of life. In line with this contention, the present article proposes a reflection on the street dweller in the urban context: how he/she is absorbed by the life on the streets, what is the face of the street dweller according to Salcedo (year), and what specific conditions put him/her on the edge of existence. Likewise, exclusion is presented as a factor which enhances the division of the world into two: the accepted and the unaccepted, the insiders and outsiders, the included and excluded. This condition places them, according to Moreno (2003), in a state of "exclusion" because their lifestyles are reproved by "society". We propose an approach to the theory of social representations taken from the work of Moscovici and Araya Umaña (year), which can be used as a tool to generate a human understanding of street dwellers and, from this knowledge, it is possible to generate a reflection that allows the ordinary citizen to sensitize him or herself in developing his or her own representation of this population and thus identify that this different subject is still presented as a human being on his limits.

## Keywords

Social exclusion, Street dwellers, Social representations.

## Introducción

En la actualidad y según el Censo de caracterización del habitante de calle y en la calle, realizado por el Centro de Estudios de Opinión de la Universidad de Antioquia (2009), existe un total de 3.381 habitantes de calle en Medellín, cifra que pone en evidencia el gran número de personas en esta situación y su aumento permanente; por eso es preciso abordar el fenómeno y reflexionar sobre las concepciones que se han tejido en relación con la temática. Habitar la calle es un fenómeno multicausal, la sociedad en sus diversas manifestaciones y con sus múltiples problemáticas puede influir en la opción de una persona por adoptar este estilo de vida, lo que podría generar en algunos sujetos la incertidumbre y la desesperanza ante la ausencia de soluciones reales a sus descontentos.

De acuerdo con esta realidad creciente, este artículo presenta una mirada reflexiva al fenómeno habitante de calle, como una forma de vida que desborda todas las comprensiones sociales y humanas, una realidad a la que debemos acercarnos cada vez más debido a las nefastas implicaciones que tiene para la existencia humana. Por ello, se propone una reflexión en tres momentos: inicialmente se presentan algunas consideraciones generales del habitante de calle en el contexto urbano, luego se hace una aproximación a la compleja condición en la que viven los habitantes de calle al enfrentarse al flagelo de la exclusión social; y finalmente se analizan las representaciones sociales como una teoría que permite generar un acercamiento a este particular estilo de vida, a partir de las percepciones que se gestan en la sociedad.

## Habitante de calle y ciudad

Al cumplirse la primera década de este siglo XXI, la humanidad se enfrenta a grandes cambios en el ámbito social desde todos los frentes conocidos en las comunidades globalizadas y multiculturales; la interconectividad y los avances tecnológicos permean todo lo que tiene que ver con la vida moderna, el cambio de modelo económico donde el mercado se sobrepone al desarrollo humano, las migraciones del campo a la ciudad por desplazamiento a causa de la violencia y el conflicto, entre otros, han alterado las dinámicas de la sociedad. El ser humano se ha visto abocado a adaptarse a nuevos estilos de vida que tienen implícita la impronta del desarrollo de la ciencia y la tecnología, llegando a un punto donde casi todo es posible. De este modo, sin darse cuenta, se convierte en un ciudadano del nuevo mundo, inmerso en un ámbito artificial donde la cultura ya no depende tanto de él mismo, sino de las tendencias globales. A todas las transformaciones que ha sufrido la so-

ciudad se le podrían anexar un sinnúmero de fenómenos sociales que perturban el sentido de vida de los seres humanos; a estas situaciones se ha sumado el incremento de la marginalidad y la exclusión social, modificando las dinámicas de las ciudades y la vida urbana.

En consecuencia, es pertinente comprender cómo las transformaciones han repercutido en todo lo relacionado con la ciudad y lo urbano, que desde el punto de vista de Duhau y Giglia (2008):

Se entiende que las experiencias metropolitanas son tanto las prácticas como las representaciones que hacen posible significar y vivir la metrópoli por parte de sujetos diferentes que residen en diferentes tipos de espacio. El concepto de experiencia alude a las muchas circunstancias de la vida cotidiana en la metrópoli y a las diversas relaciones posibles entre los sujetos y los lugares urbanos, a la variedad de usos y significados del espacio por parte de diferentes habitantes (p. 21).

Según lo exponen los autores, el transcurrir de la ciudad está permeada por las interacciones producto de las experiencias de vida de cada uno de sus habitantes, lo que a su vez vincula visiones del mundo con prácticas sociales aferradas a contextos situacionales. De este modo, la experiencia urbana es heterogénea y cambiante, se transmuta según el tipo de ciudad; y en ésta emergen fenómenos como habitar la calle, acompañado de la marginalidad, la indigencia, la pobreza, el desplazamiento y la exclusión social, siendo problemáticas inherentes a las grandes urbes. Dicha situación se evidencia en las ciudades principales de Colombia, como es el caso Medellín, localidad que no es ajena a este contexto de transformaciones del mundo moderno y en el que el aumento de este fenómeno cada vez es mayor.

## El rostro de los habitantes de calle

Salcedo (2006) expone que “el rostro de una persona, es el rostro de su espacio, y como tal es el conjunto formado por el mobiliario urbano y la multitud que pasa, se aglomera, se dispersa en grupos, en individuos, y en parejas” (p. 67). El rostro es la herramienta, pero también es la vida misma, además es lo inherente al ser humano por el hecho de serlo. En tal sentido, el rostro alude a la persona en su totalidad y contexto, es hablar de la presencia de una realidad concreta, o sea que hay tantos rostros como realidades haya; el rostro del otro devela las circunstancias, ambientes, situaciones, condiciones, entornos y escenarios en los que desenvuelve su existencia.

Al adentrarse en el fenómeno de los habitantes de calle, es necesario comprender las concepciones o “rostros” que se han tejido alrededor de esta realidad social, porque si bien el fenómeno no es propio de esta década, es significativo su incremento en el inicio del siglo XXI y su consolidación en el sector urbano.

Los habitantes de calle se presentan como una población que asume su vida en el espacio público de la ciudad; un espacio que constituye la imagen de la incertidumbre, la ambivalencia, pero también de lo infinito, el lugar de las escapatorias, las deserciones y las posibilidades de emancipación (Correa A., 2007, p. 37).

En este sentido, la calle se constituye en la simbiosis para generar el hábitat, el mundo en el que residen, convirtiéndose este espacio en el refugio, en la opción de vida, en el abrigo, en la cobija, en la cama; de esta manera, la calle cada día se resignifica a partir de quienes la comparten. Allí se arraigan nuevos hábitos, costumbres, normas y rutinas, que en muchos de los casos los aferran hasta el punto de no querer salir de ella; por eso el habitante de la calle es una “persona cuya vida se desenvuelve fundamentalmente en la calle, como espacio físico-social, donde resuelve necesidades vitales, construye relaciones afectivas y mediaciones socio-culturales estructurando un estilo de vida” (Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, 2006, p. 3).

Por consiguiente, estas personas se convierten en producto de las dinámicas sociales, de un mundo conmocionado a nivel social y familiar debido a las tensiones suscitadas por el sistema económico imperante. La crisis que plantea la modernidad por ubicar al mercado por encima del desarrollo humano, ha volcado a un grupo de personas a habitar la calle como una opción ante las ansiedades y encrucijadas de la pérdida de identidad, convirtiéndolos en los “nómadas” de las ciudades. Según Correa A., (2007):

Las personas que viven en la calle tienen un profundo sentido de marginalidad, de abandono, de no pertenecer a nada. Son como extraños en su propia tierra; perciben que lo establecido no es para ellos, sienten inferioridad y desvalorización personal con un escaso sentido de la historia, y viven un perpetuo presente (p. 42).

La condición de habitar la calle en Colombia ha estado asociada al desplazamiento, la violencia intrafamiliar, la extrema pobreza, microtráfico, el incremento de consumo de sustancias psicoactivas, por decisiones y experiencias personales asociadas a vínculos afectivos, de amistad o identidad, problemas mentales, conflicto armado, entre otros factores que han configurado el rostro de los habitantes de calle, quienes se constituyen en

una población de niños, jóvenes, adultos, ancianos y familias (...), que sin distinción de edad, sexo, raza, estado civil, condición social, mental u oficio, viven allí permanentemente o por periodos prolongados y establecen con su entorno una estrecha relación de pertenencia y de identidad; haciendo de la vida de la calle una opción temporal o permanente en el contexto de una racionalidad y de una dinámica sociocultural que les es propia y particular (Ruíz, Hernández y Bolaños, 1998, p. 21).

Para el caso de Medellín, en sus apuestas por transformarse y modernizarse, la ciudad se convierte en un atractivo para los desarraigados, para las ilusiones y sueños de quienes llegan de diferentes lugares en búsqueda de progreso y de una luz de esperanza; no obstante, hay quienes se convierten en los habitantes de calle, porque la inmigración puede pasar a ser una experiencia de pesadilla y horror, en un mundo hostil; pero también, para otros es un escenario de encuentro con su autodeterminación. De igual manera, como está

nombrado en el Censo de caracterización del habitante **de** calle y **en** la calle (Centro de Estudios de Opinión de la Universidad de Antioquia, 2009), Medellín es un escenario propicio para los habitantes de calle de aquí, de otras zonas del país e incluso del extranjero, debido a la gran oferta de programas del Estado y el ente privado que, de cierta manera, los beneficia; además, a causa de la caridad y bondad de su gente.

En esta ciudad y en muchas otras, habitar la calle es enfrentarse a un mundo complejo, porque este espacio desafía al foráneo que por cualquier circunstancia le correspondió vivir ese “no lugar”, una calle que no posibilita bienestar y desarrollo, que no cuenta con los satisfactores básicos; que se territorializa, pero también se le teme; que atrae, pero también repele. Por eso, retomando los constructos del Departamento Administrativo de Bienestar Social (2000), “los habitantes de calle se han convertido en una realidad cultural, social y política”, quienes instauran un entramado simbólico en el marco de asumirse como los ciudadanos de la calle, con nuevas formas de vida, de costumbres, tradiciones, en una lógica del “parche” como manera y modo de asumir la ciudad.

Por consiguiente, Orozco Salazar (2007) expone que muchos habitantes de calle viven situaciones similares en el padecimiento de condiciones desfavorables, tales como la carencia de afecto, excesivo rechazo y aislamiento, desconocimiento de la autoridad y de las normas sociales de convivencia, que se convierten progresivamente en la génesis de su permanencia en la calle; pero otro tanto, fue convocado a la calle no por hacer parte de familias expulsoras, sino atraído por la calle misma, por sus aventuras y sus destellos de libertad y autonomía; y otros simplemente porque han nacido en ésta. De ahí su desnudez y reflejo del rostro:

*Los habitantes de calle se presentan ante nuestros ojos con toda la crudeza de un modo de vida que nos recuerda la fragilidad de la condición humana expresada en la enfermedad, la falta de aseo, la soledad, la locura a veces, la falta de auto cuidado físico y emocional, la agresión, la ausencia de recursos económicos que les garanticen, por ejemplo una vivienda, un trabajo estable, etc. Pero a la vez también nos muestra la fuerza de la resistencia ante las inclemencias de las condiciones de supervivencia, nos recuerda lo más instintivo de un cuerpo y de las emociones que no se enmascaran tras la cultura y se muestran sin mediaciones (Zapata Posada, 2007, p. 1).*

Ante lo que se viene planteando, surgen algunos interrogantes: ¿por qué los habitantes de calle decidieron asumir este estilo de vida o resolvieron vivir así? ¿Por qué a estas personas se les dificulta salir de esta situación y cuáles serán las oportunidades que les brinda la sociedad actual?

Frente a esas simples, pero profundas incógnitas, se puede expresar que el habitar la calle obedece a una elección de vida que se quiere asumir, en la cual el sujeto determina dónde y cómo serán sus condiciones para cohabitar la sociedad bajo unas dinámicas cotidianas de existencia; o también se aduce que la sociedad empuja a estar bajo dicha condición a sujetos que enfrentan procesos de exclusión, marginalidad e indiferencia. En tal sentido, se señala que este grupo poblacional se ha visto confrontado por dinámicas excluyentes tanto desde lo político, económico, social y cultural. ¿Será, entonces, que los habitantes de calle asumen esta

opción de vida, a partir de la exclusión social? Este concepto es complejo de abordar, pero aquí se hará un acercamiento a él y su posible relación con los habitantes de calle que es a lo que convoca la pregunta. Para dar lugar a la respuesta a este último interrogante, se continuará la reflexión de esta realidad desde el rostro de la exclusión social, expresada desde Bauman (2005) “como una renuncia de la sociedad a incluir a todos sus integrantes” (p. 103).

## Exclusión social: factor potenciador de la problemática

En una sociedad de caras y contracaras, que le apuesta al desarrollo con un sistema económico imperante fundado en el crecimiento y la migración del campo a la ciudad, fácilmente el rostro de los seres humanos que la cohabitan se desfigura en un dualismo de los de adentro y los de afuera, los que pertenecen y los que sobran, los incluidos y los excluidos.

En Colombia en particular, el modelo de desarrollo asumido durante la mayor parte del siglo XX ha mantenido a más de la mitad de los colombianos excluidos de los beneficios básicos del progreso humano: salud, educación, vivienda, seguridad social, participación, nutrición, información, recreación, así como la real posibilidad de alcanzar un nivel deseable de desarrollo humano (Correa A., 2007, p. 40).

Como consecuencia, en las grandes ciudades colombianas, en este caso Medellín, se presentan choques de los habitantes que comparten la vida cotidiana en ese mundo urbano. De tal manera, se constituyen un sinfín de subgrupos y entre ellos, las personas que muchas veces son ignoradas, despreciadas, personas que por su estilo de vida, generan nuevas maneras de habitar la ciudad, producen en otros ciudadanos repudio, rechazo o miedo porque generan incertidumbre a los demás, y ante su presencia se sienten agredidos por su aspecto físico, porque les piden limosna, por sus actitudes hostiles, porque les interrumpen las dinámicas sociales y afectan su seguridad, también porque invaden el espacio público y son la parte fea de la ciudad.

Estas personas, los “indeseables”, son a quienes se denominan los excluidos sociales, porque no solo el Estado les vulnera derechos, sino que la sociedad en general los expulsa. De acuerdo con Bauman (2005), serían los superfluos o parias, sobrantes o residuos de las sociedades modernas, quienes no son aceptados porque la misma sociedad se encarga de aislarlos en los lugares más reconditos: las cuevas, las alcantarillas, los puentes, las calles, las mangas, los parques, haciendo de esos lugares los mundos que habitan, pero que ante los ojos de los otros son la cara oscura de la ciudad.

[Sin embargo] Lo que no puede olvidarse es que son seres humanos, personas que forman parte de la sociedad y que de una u otra forma merecen nuestra atención; y es que muy probablemente al analizar juiciosamente toda esa problemática, debemos cuestionar si se han tratado con dignidad y respeto; si sus derechos han sido vulnera-

dos; si se ha contemplado la posibilidad de considerarlos como una realidad diferente y de la obligación de respetarlos, así no nos guste; si se ha pensado que su libertad de elección es válida y sobretodo que es un imperativo moral tratarlos de manera equitativa y con justicia (Quintero Pacheco, 2008, p. 104).

Como agrega Quintero Pacheco (2008), la exclusión social ha estado durante todo el trayecto histórico del que tiene memoria la humanidad. Es así como hace parte de los diferentes momentos y cambios que ha sufrido la sociedad, pero que en los últimos años obedecen a las brechas de inequidad y de pobreza que cada día se hacen más notables. La exclusión social es denominada por diversos autores como la manera de expulsar a quien sobra en la comunidad. Como puede advertirse, “los excluidos son aquellos sujetos que han perdido su filiación con la población y no pueden integrarse y, por tanto, se sitúan fuera de las pautas de producción y consumo comúnmente admitidas por la sociedad” (Enriquez, 2007, p. 76).

Desde la percepción que se acaba de presentar, los habitantes de calle se denominan en estado de “exclusión, porque sus estilos de vida, normas, valores, costumbres, formas de subsistencia y socialización, no son aceptadas por la sociedad, de tal forma que se les han denominado ‘ñeros’, ‘indigentes’, ‘desechables’, ‘gamines’” (Moreno, 2003, p. 2). El solo hecho de nombrarlos y tratarlos como desechables es excluirlos de toda posibilidad, porque lo que se desecha es lo que se bota o se desaparece. Lo más particular es que desde la condición de “desechables”, la pretensión es hacer un barrido hasta el punto de desaparecerlos o asesinarlos. Según Zapata Posada (2007):

La exclusión por parte de otras personas de la ciudad hacia los que viven en las calles se ve referenciada en percepciones como las siguientes: son vistos por la sociedad como seres a los que hay que temer, sucios y enfermos. Son mirados con desprecio, resistencia y miedo, no como seres humanos que por circunstancias difíciles, en el momento se encuentran sin techo, sin abrigo y sin comida, seres carentes de afecto y de calor humano. Ante estas percepciones sociales los habitantes de calle se saben rechazados, despreciados, saben que les tienen miedo, que son vistos como ladrones, se les culpa de daños, se les mira mal, los señalan y algunas personas piensan que son lo peor (p. 4).

En este marco de posiciones se encuentra el habitante de calle, quien también es considerado como el marginal o desadaptado social, al estar inmerso en el consumo de sustancias psicoactivas, alcohol, violencia, prostitución, pero a la vez, en conductas que generan intranquilidad e inseguridad en los demás habitantes. Con esto y todo, se debe cambiar la mirada hacia este grupo poblacional:

Y no olvidemos: “ellos” no son gente extraña, cuando menos humanos, que tienen sueños iguales que nosotros, sienten dolores y necesidades parecidas a las nuestras, hablan el mismo idioma, habitan la misma ciudad, les alumbra el mismo sol y los cubre el mismo cielo; son en fin unos colombianos más, no con la misma suerte que nosotros (Arias, 1999, p. 17).

## Una mirada desde las representaciones sociales

Las sociedades sufren día a día mutaciones propias de los cambios que van permeando a los seres humanos, quienes construyen los entramados simbólicos y las interacciones del entorno social al que pertenecen; por tanto, es común escuchar que a partir de las transformaciones a las cuales se ven enfrentados los contextos, emergen representaciones colectivas que van configurando las subjetividades humanas frente a lo que se piensa y se percibe de la vida cotidiana, otorgándosele un significado. En consecuencia, y según lo postula Moscovici (1991), como se citó en Araya Umaña (2002), las representaciones sociales constituyen en definitiva sistemas cognitivos en los que es posible reconocer la presencia de creencias, formas, figuras, imágenes, valores, que suelen tener una orientación actitudinal positiva o negativa. Es desde estas posturas en las cuales la problemática de los habitantes de calle se afianza:

Puesto que en las ciencias sociales en general y en sociología en particular, se reconoce el término de *representaciones colectivas*. Nacida de la tradición sociológica de Durkheim, (...) el análisis sociológico ubica la noción de representación por encima de los individuos y solo tiene en cuenta los fenómenos sociales (Tamayo y Navarro, 2006, p. 2).

En tal sentido, las representaciones sociales son una construcción del conocimiento social recogido por un grupo a partir de sus experiencias e interacciones, lo que a su vez, se manifiesta desde la subjetividad y el lenguaje. De este modo, la reconstrucción de esas vivencias es un cúmulo de significaciones de los sujetos en un ámbito cultural determinado, las cuales se forman como realidad social en la medida en que se establecen como fenómeno recurrente. Es así como “las personas conocen la realidad que les circunda mediante explicaciones que extraen de los procesos de comunicación y del pensamiento social” (Araya Umaña, 2002, p. 14). En consecuencia, las representaciones hacen posible la comprensión e interpretación de un fenómeno social y como tal, el de los habitantes de calle, porque en este grupo poblacional se reconocen significados, en otros términos, el sentido común que configura realidades humanas. Según lo referencia el grupo de investigación Laboratorio Universitario de Estudios Sociales (Fundación Universitaria Luis Amigó, 2008):

Las representaciones sociales poseen cuatro elementos constitutivos: el primero referido a la información, que se relaciona con lo que se sabe; se refiere al volumen de conocimientos que el sujeto posee de un objeto social, a su cantidad y calidad, la cual puede ir desde la más estereotipada hasta la más original. El segundo, identificado como la imagen que se relaciona con lo que se ve. El tercero, las opiniones con lo que se cree; y el cuarto las actitudes con lo que se siente, las cuales expresan la orientación general, positiva o negativa frente al objeto de representación (p. 14).

En concordancia y como lo plantea Araya Umaña (2002):

Emprender estudios acerca de la representación de un objeto social (...) permite reconocer los modos y procesos de constitución del pensamiento social, por medio del cual las personas construyen y son construidas por la realidad social. Pero además, nos aproxima a la "visión de mundo" que las personas o grupos tienen, pues el conocimiento del sentido común es el que la gente utiliza para actuar o tomar posición ante los distintos objetos sociales (p. 16).

El abordaje de las representaciones sociales de un fenómeno como habitar la calle implica entender las interacciones, vivencias, experiencias y las cimentaciones que se tejen en los diferentes contextos sociales. De acuerdo con Moscovici (1991), se podría traducir como la manera en que las personas construyen y son construidas por la realidad social y cotidiana.

En resumen el medio cultural en que viven las personas, el lugar que ocupan en la estructura social y las experiencias concretas con las que se enfrentan a diario influyen en su forma de ser, su identidad social y la forma en que perciben la realidad social (Araya Umaña, 2002, p. 14).

Es así como durante muchas décadas, los habitantes de calle han sido reconocidos en los contextos sociales habitados como los gaminos, limosneros, sucios, drogadictos, prostitutas, entre otros apelativos establecidos en la vida cotidiana; lo que a su vez, se configura en representación social de este grupo poblacional. "En ese sentido, las representaciones sociales están íntimamente ligadas a la experiencia, a las prácticas sociales, en tanto que ellas influyen y orientan las acciones. Ellas definen la particularidad de un grupo" (Tamayo y Navarro, 2009, p. 10).

## Conclusiones

Con un acercamiento permanente a los habitantes de calle para una mejor comprensión de su realidad y un trabajo preventivo en ciertos factores estructurales que se han determinado como causas de esta condición, se debe mitigar las implicaciones negativas que ésta perpetúa en el ser humano.

Así mismo, se insiste en generar una sensibilización basada en la reflexión respecto al tema, que nos recuerde que ese ser que en que puede producirnos desprecio, indignación, temor, repudio y muchas sensaciones más, es una persona reflejo de la soledad, el abandono, el caos, la injusticia, la rebeldía, el abuso de los psicoactivos, a quien no debemos ver como un foráneo, como una raza despreciable, como un *alien* de otro planeta debido a su forma de vida diferente a la común y aceptada socialmente, pues como ser humano

también llora, se siente vulnerado, establece un territorio, tiene unas relaciones, desarrolla unos oficios, vive, sonríe, construye la historia de una ciudad, desea regresar a la vida “en sociedad”, o simplemente quiere una vida en calle con tranquilidad y ciertas garantías.

Los cambios suscitados por las dinámicas emergentes de las sociedades modernas, caracterizadas por la interconectividad, la incorporación de modelos de vida mediatizados por el sistema capitalista imperante, los problemas de orden público, la violencia generada por la búsqueda del poder, el caos presentado por la disfuncionalidad familiar, el abuso del consumo de sustancias psicoactivas, entre otros factores estructurales de las naciones, dejan en vulnerabilidad a ciertos grupos humanos, con la posibilidad de que terminen convirtiendo la calle de las ciudades en su única opción de sobrevivencia.

La percepción de algunos ciudadanos es que no es novedosa la forma particular en la que sobreviven los habitantes de calle; sin embargo, es importante pensar cómo ante una realidad tan cruda, se hace necesario establecer estrategias efectivas que eviten que los seres humanos lleguen a tal condición por asuntos estructurales del mundo globalizado. Además, que quienes lo elijan como un estilo de vida, tengan unas mínimas condiciones para hacerlo de forma digna.

Es urgente crear una cosmovisión diferente de la condición de habitante de calle; en pro de ello pueden aprovecharse las bondades de la teoría de las representaciones sociales, para generar una concepción en la que cada individuo recuerde la humanidad que está presente en unos sujetos que tienen una forma diferente de vivir.

## Referencias

- Araya Umaña, S. (2002). Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión. Cuaderno de Ciencias Sociales, 127. Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- Arias, F. J. (1999). Apuntes para una ética de la intervención con habitantes de la calle. *Revista San Buenaventura Medellín*, 10, 1-34.
- Bauman, Z. (2005). *Modernidad y Ambivalencia*. Barcelona: Antrhopos Editorial.
- Centro de Estudios de Opinión de la Universidad de Antioquia. (2009). *Censo de caracterización del habitante de calle y en la calle*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Correa A., M. E. (2007). La otra ciudad—Otros sujetos: los habitantes de la calle. *Revista Trabajo Social*, (9), 37-56.

- Departamento Administrativo de Bienestar Social. DABS. (2000). *Atención a población vulnerable: una estrategia de prevención*. Bogotá: DABS.
- Duhau, E., y Giglia, A. (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metropoli*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, Siglo XXI Editores.
- Enriquez, P. G. (2007). De la marginalidad a la exclusión social: un mapa para recorrer sus conceptos y núcleos problemáticos. *Fundamentos en Humanidades*, 3(15), 57-88.
- Fundación Universitaria Luis Amigó. (2008). *Bullying: Construcción de lo social en instituciones educativas. Respuestas pedagógicas (Estudio de Casos)*. Medellín: Fundación Universitaria Luis Amigó.
- Moscovici, S. (1991). *La Psicología Social I*. Barcelona, España: Paidós.
- Moreno C., E. (2003). Desempeño ocupacional: dimensiones en los ciudadanos y ciudadanas habitantes de la calle. *Umbral Científico. Fundación Universitaria Manuela Beltrán*, 2, 1-8. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30400212>
- Orozco Salazar, E. B. (2007). Habitantes en situación de calle y construcción territorial en el centro occidente de Medellín. *Revista Facultad de Trabajo Social Universidad Pontificia Bolivariana*, 23(23), 137-147.
- Quintero Pacheco, L. V. (2008). La exclusión social en "habitantes de la calle" en Bogotá. Una mirada desde la Bioética. *Revista Colombiana de Bioética*, 3(1), 101-144.
- Ruíz, O. J., Hernández, J. M., y Bolaños, L. A. (1998). *Gamines, instituciones y cultura de la calle*. Bogotá: Corporación Extramuros, Ciudad y Cultura.
- Salcedo, M. T. (2006). Rostros urbanos, espacios públicos, iluminaciones profanas en las calles de Bogotá. *Revista de Estudios Sociales*, 10, 63-74.
- Tamayo, W., y Navarro, L. (2009). Representación social del habitante en situación de calle. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 1(1), 7-34.
- Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Humanas. (2006). Estudio previo conveniencia y oportunidad centro de atención al habitante de calle Centro Día. Medellín.
- Zapata Posada, J. J. (2007). Habitantes de calle: nuestros vecinos invisibles. *Revista de Trabajo Social Universidad Pontificia Bolivariana*, 1-8. Recuperado de: [http://www.centrodefamilia.org.co/images/archivos/centro\\_familia/habitantescale.pdf](http://www.centrodefamilia.org.co/images/archivos/centro_familia/habitantescale.pdf)